

VICENTE GONZALEZ HERNANDEZ

**Jusepe Martínez, pintor de S. M. Felipe IV  
y la Zaragoza de su tiempo (Siglo XVII)**



**CUADERNOS DE ZARAGOZA**  
**n.º 7**

**VICENTE GONZALEZ HERNANDEZ**

**JUSEPE MARTINEZ, PINTOR DE S.M. FELIPE IV**

**Y**

**LA ZARAGOZA DE SU TIEMPO (SIGLO XVII)**



## JUSEPE MARTINEZ, PINTOR DE S. M. FELIPE IV

Y

### LA ZARAGOZA DE SU TIEMPO (SIGLO XVII)

Una ciudad ha de recordar siempre con amor a todos aquellos que de una u otra manera la sirvieron, engrandecieron, hermosearon y, sobre todo, ennoblecieron con las particulares aportaciones de su trabajo, interés, ideales, honores y entusiasmos creadores de orgullo y patrimonio colectivo nacional. La Ciudad en su presente disfruta con el espíritu y los bienes que dejaron generaciones precedentes. Por ello, justo es agradecer y rememorar las actividades humanas y excepcionales hombres que han contribuído a su mayor esplendor y gloria.

De estos pensamientos nació la idea de divulgar la vida y obra del zaragozano pintor de S. M. el rey Felipe IV, Jusepe Martínez, juntamente con la de la Ciudad de su tiempo, foco de cultura con renombre que traspasaba las fronteras del Reino. Páginas interesantes de la Cesa-raugusta que celebra actualmente su Bimilenario surgieron, al desarrollar aquélla y estudiar documentos que proporcionaban testimonios de verdad sobre actos ocurridos, tema fundamental de este trabajo, incompleto aún.

La brillante significación artística que en Aragón poseen los siglos XV y XVI, coincidente con el auge del

Reino, continúa en el siglo XVII merced al poder creador y oficio de los numerosos artistas que en él residen y trabajan. La Iglesia, la Nobleza y las propias Comunidades siguen favoreciendo a los hombres que contribuyen a dar prestancia, dignidad y valor a los patrimonios individuales y colectivos con obras de mérito, pese al iniciado declive de la sociedad española cuyas notas dominantes a lo largo del siglo son: la pereza, la falta de ideales y decaimiento del espíritu nacional, el orgullo, la frivolidad, el fanatismo, la religiosidad, el relajamiento de costumbres por exceso de ligerezas y la despreocupación por los grandes intereses generales.

Un aragonés de este tiempo, excepcional no sólo por su obra sino también por sus aportaciones valiosas a la historia del Arte, es Jusepe Nicolás Martínez - JU-SEPE MARTINEZ - pintor singular e importante, contradictoriamente enjuiciado en todas las épocas, nacido en Zaragoza en donde tuvo abierto taller y vivió hasta su muerte.

Un documento del archivo de la Seo zaragozana que recoge el interrogatorio jurídico prestado ante el arzobispo de Zaragoza Fray Juan Cebrián, entre las dos y las tres de la tarde del día 23 de noviembre de 1648, por Jusepe Martínez y el pintor Andres Urzainqui, para atestiguar la identidad de tres retratos del beato Pedro de Arbués, de un dibujo en claro y oscuro en papel y de tres estampas en pergamino, dos de ellas iluminadas y la otra en negro, revela la identidad de nuestro pintor proporcionando datos familiares y otros que reflejan su personalidad y la orientación de su espíritu artístico y gusto estético.

En el segundo interrogatorio dijo el artista ser "Jusepe Martínez, natural y nacido en la presente ciudad de Zaragoza, de edad de cuarenta y siete años, poco más o menos, que su arte y profesión es pintor y que lo es de la Magestad del Rey Nuestro Señor y dello tiene su real privilegio; que es hijo legítimo y natural de Daniel Martínez, pintor, de nación flamenco, y de Isabel de Lurbe, natural de la villa

de Exea deste Arzobispado y que tiene en dicha villa y otras partes del presente Reino deudos y parientes, gente honrada, y que tiene de hacienda y patrimonio en cantidad de ocho mil ducados poco más o menos, con los cuales y su arte puede vivir”.

Seguidamente, en tercer interrogatorio, afirma que “se confiesa y recibe el Santísimo Sacramento de la Eucaristía y frecuenta los Santos Sacramentos como fiel cristiano, y que en el mes de agosto, próximo pasado de este año (se refiere a 1647) en el Jubileo de la Porciúncula confesó comulgó en dicho Jubileo en el Convento o Colegio de los Clérigos seglares de San Felipe Neri, dichos comunmente Teatinos de la Calza Blanca” ... “que no ha sido en su vida acusado ni procesado” ... y ... “que no ha sido ni es excomulgado” .....

Este testimonio escrito proporciona el origen no solamente familiar sino también del medio determinante de la vocación artística que su padre cuidaría en principio y orientaría con prudencia y consejos. Daniel Martínez, pintor con experiencia, sabedor de las nuevas inquietudes artísticas difundidas por Europa como consecuencia de remontarse las ideas estéticas más allá del Renacimiento e interesado en la evolución comenzada en los finales del siglo XVI, encauza la vida y gustos de su hijo menor Jusepe por el Arté. El otro hijo vivo, Gabriel Martínez, bautizado en Ejea de los Caballeros el 24 de noviembre de 1581, estudió la carrera de Medicina y la ejerció hasta su muerte en la villa de Graus (Huesca).

Daniel Martínez enseña a Jusepe teoría y conocimiento del oficio pensando mandarle a Roma, con el fin de que se perfeccione y se ponga en contacto con las formas y modos que entusiasmaban o discutían los pintores jóvenes de entonces, una vez examinado y miembro de la Cofradía de San Lucas de Pintores de Zaragoza. Esta Cofradía, al nacimiento y juventud de Jusepe

Martínez, era ya centenaria en la Ciudad. En las Casas del Puente habían sido redactadas sus Ordinaciones, el 28 de Julio de 1502, y testificadas por el notario público escribano de los Jurados, don Alfonso Francés, con la confirmación posterior del real Privilegio de 14 de septiembre de 1502, sellado y firmado por el rey católico Don Fernando. Años después, - el 4 de diciembre de 1517 -, serían revisadas estas Ordinaciones, tras la reunión general celebrada "dentro en la Capilla dlos notarios de capa dla dicha Ciudad en la Ygsia e o monasterio de Sanz Francisco dla dicha Ciudad" de Zaragoza, dando fin a incidentes originados por las "muchas diferencias, e debates sobre cosas dla dicha arte de pintura, e por euitar a aqllas de todas malenconias". Al juicio y sentencia de los Maestros miembros de esta Cofradía de San Lucas de Pintores zaragozana sometería Jusepe Martínez sus conocimientos artísticos, compartiendo después las inquietudes, problemas e ilusiones de los artistas del momento.

Hombres de la Contrarreforma han encauzado la propaganda a través de la emoción, orillando el pensamiento; de aquí la teatralidad y emotividad del Arte que surge, animado por la fuerza de los claros-curos o de efectos de luz y de sombras. Italia sigue siendo la gran atracción de los artistas; Roma es parte de una buena formación. El revolucionario método de enseñar la pintura impuesto por la Academia degli Incaminati (Academia de los bien encaminados), fundada por los hermanos Carraci en Bolonia, el año 1580, tras emprender la lucha contra el manierismo; el revuelo ocasionado por Caravaggio con sus novedades temáticas y de color; la fama de los artistas protegidos por las familias Borghe-se, Doria, Pamphili y Barberini, eran hechos conocidos en Zaragoza y comentados entre los artistas, tan vivamente, como hablaban los zaragozanos sobre noticias llegadas de la Corte.

A Italia, por tanto, será enviado Jusepe Martínez por su padre con discreta bolsa y formación de buen dibujante, llevando consigo, además, entusiasmo de artista deseoso por estudiar el color y las orientaciones nue-

vas de la composición. Por algún tiempo dejará Zaragoza; de ver sus calles estrechas, excepción del Coso, apenas limpias, transitadas durante el día por una población cosmopolita de compradores, artesanos, agricultores, artistas, poetas, nobles, religiosos, militares, tunantes, mendigos, viajeros y moradores permanentes o circunstanciales de los palacios, casas y lugares innumerados de las distintas Parroquias en que se dividía la Ciudad, aún habitada por judíos y moros dentro de sus respectivos barrios murados; de andar entre carrozas, bestias y transeuntes, participando de la holganza ciudadana fuente de comentarios y noticias; de ver el río Ebro como tiene "muy buena el agua de la que toda la Ciudad bebe y lleva mucho pescado". Dejó la Zaragoza que tanto había impresionado al cosmógrafo portugués Juan Bautista Labaña durante su estancia en la Ciudad, el año 1610, para recoger el mapa de Aragón que había de grabar en Amberes, en virtud de contrato estipulado el 9 de marzo de 1610 entre la Diputación del Reino y este cosmógrafo de S. M. representado, entonces, por el Cronista Lupercio Leonardo de Argensola. En su obra "Itinerario del Reino" dice que Zaragoza "está muy abastecida y tiene mejores casas, en general, que ninguna otra ciudad de España, si no es Barcelona y Valencia que las tienen tan buenas, pero no mejores. Son de ladrillo y piedra". La mayor parte de las calles son rectas y largas, principalmente el Coso, en el que se encuentran los palacios del conde de Sástago, del conde de Morata, del marqués de Camarasa, del Protonotario de Aragón Don Miguel Climente y el de los Colomas recién adquirido por el conde de Guimerá. Los palacios del duque de Híjar y el de los Zapata estaban fuera de esta vía principal. "Por tener tantas casas nobles con muchas torres y las de las iglesias -dice- que es muy agradable la vista de tan ilustre aparato desde cualquier eminencia". También recuerda "la Aljafería, La Seo, la Lonja, casa pública a donde concurren los hombres de negocios a tratar de sus contratos y mercaderías; el monasterio de Predicadores, el templo del Pilar y la Torre Nueva desde donde observa las iglesias y monasterios de la Ciudad". La misma Zaragoza que el padre Fray Diego Murillo seis años des-

pués, en 1616, elogia con desmesurado entusiasmo, señalando el Coso como una de las más hermosas calles de España e Italia, por ser “tan ancha que pueden marchar por el seis carrozas juntas y dejar espacio holgado para gente”.

Jusepe Martínez conoce esta Ciudad que temporalmente deja y de la que ha visto salir años antes, sin retorno, a los moriscos. Estos vivían teniendo en censo o aparcería gran número de heredades de conventos e iglesias, sobresaliendo en otras actividades y en el arte de labrar curtidos. La Morería cerrada de Zaragoza gozaba, como la extensa Judería que ocupaba el barrio entre el Coso y la calle Mayor, de gran estima entre los ciudadanos y poseía unas particulares características que atraían a los visitantes. El 29 de mayo de 1610 había dictado el Virrey el bando de expulsión de los moriscos de Zaragoza causando gran disgusto en la Ciudad por los muchos y mayores males que produciría tal medida en la economía aragonesa. Pasaron de 64.000 los expulsados de Aragón; en Zaragoza había 3.546 casas de moriscos que representaban un total de 17.730 habitantes.

También ha dejado de existir el pintor Felices de Cáceres (el 2 de junio de 1618). El empleo de las técnicas al fresco y al temple en la realización de sus obras le habían dado tanta notoriedad como el óleo. Fue apreciado entre los artistas que le conocieron y no menos por Jusepe Martínez.

Ese mismo año (1618) entre el Concejo y la Compañía de Jesús se firma el Convenio que permitirá a este Instituto enseñar Humanidades, terminando así las conversaciones comenzadas el año 1600, cuando el abogado zaragozano Micer Pedro Luis dejó a los Jesuitas un legado de 800 libras jaquesas para este fin y permitiese que los gramáticos no tuvieran que ir a la Universidad. Tanto estos Centros de enseñanza como los Colegios, de los Montañeses, fundado en 1596 por D. Miguel Ximénez de Larrués; el de los franciscanos, llamado de San Diego, situado en el paseo de Santa Engracia, con fundación de 1.601, debido a D. Juan Carlos Fernández de Here-

día, conde de Fuentes, y a su esposa Doña Catalina Vera el de Nuestra Sra. de Torrejón, abierto en la calle Mayor, cerca de las cuatro esquinas, desde el año 1602, merced al celo y apoyo de D. Francisco Rajo y de su esposa Doña Ursula Beltrán; el de los Agustinos descalzos, a partir de 1605 instalado en parte de una casa de D. Hugo de Urriés, señor de la Baronía de Ayerbe; el de San José, de carmelitas observantes, próximo a la puerta del Carmen, el de los Mercedarios del convento de San Lázaro, en el Arrabal, el de San Vicente Ferrer, de la Orden de Predicadores, situado en la calle de su nombre y el de San Juan Bautista, instituido en 1621 en la calle que se llamó de Torrellas por D. Juan Huarte, eran los lugares de Cultura donde se impartían las doctrinas y enseñanzas de la época, despertando la inteligencia de la juventud por caminos de Artes y profesiones así como cuidando su formación laboral y ciudadana. Había en ellos permanente inquietud académica y constantes comentarios de cuanto sucedía en la ciudad, remisa de una parte en prestar auxilio al Tribunal de los Veinte, por su actuación despiadada, y de otra liberal en sus entusiasmos. Dentro y fuera de sus recintos, a menudo, circulaban también noticias y comentarios referentes a rivalidades, pugnas, trabajos y proyectos de artistas. poetas y literatos libres o pertenecientes al grupo de frecuente presencia en el palacio del conde de Aranda; al grupo que se reunía en el del conde de Lemos o el que surgió bajo el nombre de Academia de los anhelantes o de los Augustos, sucediendo a aquella Tertulia o Academia literaria creada en Fréscano, el año 1608, con el nombre de Pitima contra la ociosidad, por el conde de Guimerá. Los certámenes literarios son frecuentes y en ellos destacan los poetas Miguel Bautista de Lanuza, Diego de Morlanes, el duque de Híjar, el marqués de Tosos, Alberto Díez, Justo de Torres y Mendoza, Juan Sora, los hermanos Argensola y Juan Francisco Andrés de Ustarroz a quién llamaría Baltasar Gracián el “poeta culto”.

Todo quedó atrás, al emprender Jusepe Martínez el viaje a Italia por Valencia. Visita esta Ciudad y se impresiona al ver en ella un cuadro de Francisco Ribalta - la Cena de Cristo Nuestro Señor -, cuyo dibujo, colorido, composición y expresión elogiará, recordando esta primera sensación estética siempre.

El hombre de Aragón formaba parte de la vida y del júbilo que inundaba la cristiandad. El día 26 de mayo del año 1625 simbolizaba la gloria absoluta de Doña Isabel de Aragón, a quién rindió también su mejor inspiración el genio incomparable del gran Lorenzo Bernini, el artista de la exquisita gracia, de la fecunda creación, con el exorno de la Basílica vaticana para la fiesta de canonización de la infanta de Aragón Reina de Portugal por el Papa Urbano VIII.

En Roma prontamente se ambientará Jusepe Martínez; se ejercitará en el grabado y ejecutará una serie de estampas de la vida de San Pedro Nolasco en folio menor, en las que al decir de Carderera, que poseyó hasta 12 de estas - el dibujo era "correcto y grandioso no exento sin embargo de defectos", realzando la sabia composición e invención de las escenas. Estas estampas, firmadas, parece ser que fueron publicadas o costeadas por los religiosos mercenarios de la Corona de Aragón establecidos en el convento de San Adrián, situado en las faldas del Capitolio. En la entonces capital del Arte, el pintor zaragozano estudió la esencia del clasicismo y el contenido estético de las obras de los Maestros venecianos, florentinos y romanos que admira e influyen en su formación artística, a la vez que la pintura y maneras de hacer de los discípulos de Carracci que aquí conoce. Hay fantasía en la creación y método que se aparta del utilizado por la fría lucidez de los manieristas, mantenedores aún de la rígida armonía de la composición. Guido Reni y Domenico Zampieri, Domenichino, mostraron a Jusepe Martínez las perspectivas futuras del arte, con las posibilidades de romper las limitaciones del

Concilio de Trento en lo religioso, informándole de las luchas que hay en Roma por conseguir favores y encargos así como de las disputas y rivalidades entre artistas. Con la amistad de ambos y con la de Gabriel Veronés, hijo del veneciano Pablo Veronés, Jusepe Martínez, disfruta en Roma del extenso panorama artístico del momento que completará con la visita a Nápoles y su encuentro con Ribera (Jusepe o Jose) cuya obra le interesará.

Así lo cuenta el pintor zaragozano: "Hallándome en Roma en el año 1625, ya deseoso de volverme a España, por no venir sin ver alguna parte de Italia púseme en camino por ver la insigne ciudad de Nápoles, ciudad de las más opulentas de toda la Italia, por los muchos príncipes y señores y la gran corte de sus virreyes, cuya grandeza se ha visto más majestuosa que la de muchos reyes; no siendo más que virreynato. En esta Corte, pues, hallé a un insigne pintor imitador del natural con gran propiedad, paisano nuestro del reino de Valencia, de quien recibí mucha cortesía, mostrándome algunos camarines y galerías de grandes palacios; gusté infinito de todo; mas, como venía de Roma, todo me pareció pequeño, porque en esta Ciudad más se trata de milicia y caballería, que de cosas pertenecientes al dibujo; así lo dije a este paisano y así me lo confesó. Entre varios discursos pasé a preguntarle, de cómo viéndose tan aplaudido de todas las naciones, no trataba de venirse a España, pues tenía por cierto eran vistas sus obras con toda veneración. Respondióme, amigo carísimo, de mi voluntad es la instancia grande, pero de parte de la experiencia de muchas personas bien entendidas y verdaderas hallo el impedimento, que es, ser el primer año recibido por gran pintor; el segundo año no hacerse caso de mi, porque viendo presente la persona se la pierde el respeto; y lo confirma esto, el constarme el haber visto algunas obras de excelentes Maestros de esos

reinos de España ser muy poco estimados; y así juzgo que España es madre piadosa de forasteros y cruelísima madrastra de los propios naturales”.

Regresó Jusepe Martínez con gran caudal de conocimientos, dejando amigos en Italia e impresionado por la obra, los consejos y la forma de vivir de Ribera.

En España continuaba reinando Felipe IV, sucesor de Felipe III, su padre, muerto el viernes 26 de febrero de 1621, y gobernando con extraordinarios poderes D. Gaspar de Guzmán, Conde Duque de Olivares.

Llegado Jusepe Martínez a Zaragoza, después de pasar por Cataluña en donde no vió - dice - “cosas en que pudiera emplear la vista de nuestra profesión; sólo algunos cuadros hallé de Pedro de Ponte, pintor de la magestad católica del rey D. Fernando que siempre lo siguió durante su vida”, y posiblemente con apuntes de Guido Reni y de Salvatore Rosa, entre otros, e influenciado notablemente por los artistas italianos con los que ha compartido inquietudes recibiendo, al mismo tiempo, enseñanzas, comienza a trabajar aquí, en su Ciudad natal, utilizando el taller paterno. Es probable que de entonces sea el cuadro de “mancebo dibujando a la luz de una vela”, en formato de media figura, de la colección Vilademmut de Zaragoza y también la tela (109 x 84,5 cms.) asignada con el número 738, expuesta en el Museo de Bellas Artes de Budapest. El Santo Tomás de la pinacoteca magiar es obra bien dibujada y con calculada disposición del ropaje resaltado por el oscuro fondo que ambienta el escorzo del apóstol en actitud de predicar. Mas esta manera de componer el cuadro, su colorido y la acción expresada por la media figura, hacen pensar en la notable fuerza y proyección de la escuela de Roma sobre nuestro pintor, cuya vida en los próximos años serán de quehacer al lado de su padre Daniel Martínez, pintor de retablos, con fama y medios económicos que le permitirán la compra al infanzón Martín Fernández, el 15 de febrero de 1629, de unas casas en Zaragoza situadas “en la parrochia del Señor/

San Miguel en el Callizo dela emprenta” que “con/frontan con cassas de Violante Ferruz, con/cassas de Miguel (en blanco) Nuncio del F. Arco/bispo y con cassas deVos dho Daniel Martínez”, próximas a la de la calle Santa Catalina (hoy Mateo Flandro) habitación y taller de ambos. En años sucesivos, Jusepe Martínez, aumentaría el patrimonio familiar con la adquisición de nuevas casas en distintos sitios de la Ciudad, proporcionándole pingües beneficios los arrendamientos y también algunas preocupaciones, como las sufridas en 1646 debidas a obras de reedificación en casas “sitiadas en la pnte Ciu/dad en la parrochia deS’Phelipe y pla/ça de los estebanes” lindantes con otras suyas y el Peso del Rey. Este mancebo pintor y la doncella zaragozana Francisca Jenequi Alexandre, hija del platero Claudio Jenequi y de Juana Alexandre, el día 11 de diciembre de 1627, ante el notario de Zaragoza Juan Lorenzo de Escartín habían jurado a Dios “de/ reciuirse por marido y mujer por palabras/ de pnte et assi como la Santa/ Iglesia Romana lo manda ySan Pedro/ y San Pablo lo confirman”. Al mes siguiente (enero de 1628) de firmadas las Capitulaciones matrimoniales, celebraron el matrimonio “tratado, concordado y concluido”.

Una apoca de 100 sueldos jaqueses a Daniel Martínez, pintor habitante en la ciudad de Zaragoza, de los parroquianos de Santa María de la Villa de Uncastillo, a través del arrendador de la Primicia de dicha iglesia, Pedro de Esparza, ante el notario Juan Lorenzo de Escartín, el día 12 de febrero de 1629, en concepto de Pensión de censal, hace suponer que le unía a este lugar vínculos afectivos y otros profesionales que determinarán el conocimiento del arte de Jusepe y el encargo años después de importante obra para esta iglesia.

Se recordaba en Zaragoza la visita del rey D. Felipe IV, tercero de Aragón, acompañado de su hermano el infante D. Carlos y los festejos celebrados en honor del Monarca durante su estancia en la Ciudad, de paso para Barbastro, desde donde confirmaba los Estatutos y Or-

dinaciones de separación de los Cereros y los Boticarios de Zaragoza, aprobados ya por Carlos V el 9 de mayo de 1535 en Barcelona.

Durante siete días la Ciudad vivió intensamente el clima festivo que la llenaba, participando en ellos y en la general alegría los ciudadanos, sabedores que en los gastos igualmente habrían de participar. Ciertamente sorprende el gran contraste entre este frecuente echar la casa por la ventana, para celebrar acontecimientos ciudadanos y la sombría situación económica porque atravesaba Aragón y el Concejo zaragozano. Mas, Zaragoza, conocida por "la Harta" era hidalga y espléndida y así lo ponía de manifiesto. En esta ocasión, desde el día 13 de enero de 1626, martes, en que el rey Felipe IV y el infante D. Carlos fueran recibidos por los Magistrados de Zaragoza, la Nobleza, los Caballeros y el Pueblo, y jurado el Monarca, después, ante el Justicia Lucas Pérez Manrique, - en el templo del Salvador -, la observancia de los Fueros y Privilegios de Aragón, como era costumbre, hasta su marcha el día 19, la presencia del Rey en el templo del Pilar y en las tumbas de Santa Engracia y sus compañeros mártires, (el día 14); en la corrida celebrada de siete toros, guarnecidos dos de ellos de cohetes para mayor lucimiento, (el día 15); en el convento de San Francisco (hoy Diputación Provincial) y en la procesión religiosa de acción de gracias (el día 16); en la cacería del día 17 y en la "encamisada" de caballeros del 18, Zaragoza fué un lugar habitado por el entusiasmo y por gentes que unían su aplauso al del Concejo que las representaba.

Además contribuyó con esplendidez a los gastos y consumos de viaje del Rey, ofreciéndole un presente de 3.000 perniles de tocino, 200 capones y otros tantos pares de conejos, 300 pares de gallinas, e igual cantidad de perdices, cinco pavos, medio millar de carneros, 50 vacas, 200 quesos... etc., y 140.000 doblones para las arcas reales.

A esta rumbosa Ciudad, leal a la Corona, volverá Felipe IV con diversos motivos, encontrando el mismo

ambiente afectivo y la adhesión de los zaragozanos, muy interesados siempre en los asuntos públicos que incidía sobre la vida familiar o colectiva. Hay gran interés también por conocer las obras de los artistas, poetas y literatos. De aquí las frecuentes representaciones de comedias de Lope de Vega y de Tirso de Molina y las actuaciones de la compañía de Luisa de Robles en la Casa de Comedias que comenzaría a cobrar un real por entrada desde el día 12 de enero de 1630. El Teatro estaba situado junto al Hospital General de Nra. Sra. de Gracia y desde los comienzos del siglo XVII sustituía a la pobre y destaralada Casa de Comedias que el Concejo poseía, desde el siglo XVI, en los graneros de la Ciudad, antiguo Molino de Sánchez de Monreal.

Igualmente vibrará Zaragoza al conocer la muerte del canónigo y Cronista del Reino Bartolomé Leonardo de Argensola el 4 de febrero de 1631. Parroquiano de la Seo, pues vivió desde su vuelta de Nápoles en 1616 en una casa que llevó el número 1 de la plaza de San Bruno, frente al callejón de salida a la calle del Sepulcro, - excepcional historiador y poeta, - aragonés que gozaba de contemplar la fábrica gótica del templo del Pilar desde su torre "Las Palomas", situada a orillas del Ebro en el término de Monzalbarba, tuvo la admiración de los conciudadanos y de extranjeros conocedores de la personalidad de este barbastrense cuyas "Rimas" se publicarían en 1635. Jusepe Martínez ha llegado a conocerle y tenido su amistad.

El pintor zaragozano comienza ya a destacar. Es a partir del año 1631, en que graba al agua fuerte el retrato de Matías Piedra, - de un cuarto de largo -, y se estrechan sus relaciones con el prócer oscense Vincencio Juan de Lastanosa al que había sido presentado por el Cronista D. Juan Francisco Andrés de Ustarroz, cuando la actividad del artista crecerá tanto como su prestigio, siendo favorecido, consultado y requerido para encargos y otras obras. Por ello, será designado junto con el maestro pintor Juan Galván, por los Diputados del Reino, para juzgar las copias de los retratos y cuadros del Salón de Cortes de la Diputación que habían encargado

a los pintores Andrés y Pedro Urzainqui, Francisco Camilo y Vicente Tio y estipulados mediante Capitulaciones el día 16 de mayo de 1632. El deseo del rey Felipe IV, manifestado durante la real visita del año 1626, de poseer copias de los retratos de los reyes de Aragón, pintados por Felipe Ariosto, y la voluntad de la Diputación de satisfacerle proporcionará a cada pintor una suma de 840 libras jaquesas por su trabajo y a los jueces, al mismo tiempo, mayor dignidad. Las obras fueron después llevadas e instaladas en el Palacio del Buen Retiro.

D. Vincencio Juan de Lastanosa vivía en Huesca en su palacio del Coso desde donde extendía su curiosidad intelectual a todos los campos; su mecenazgo a toda valiosa aportación a la cultura; su inquietud por todo lo bello; su protección amplia y generosa a cualquier empresa literaria y artística sobresalientes de Aragón; su interés por determinados hombres con signo de universalidad y obra con permanentes valores estéticos. Dilatada y constante era la actividad cultural de Lastanosa y firme el apoyo que presta a los componentes del núcleo entusiasta con él relacionado a quienes alentaba, protegía y escuchaba. Su hija Ana y su pariente D. Luis Clemente colaboraron con eficacia en el mantenimiento de la gran pasión de D. Vincencio Juan de Lastanosa por los libros, las antigüedades y obras de Arte y el cultivo del buen gusto, de las ideas y de la hospitalidad.

Es indudable que Jusepe Martínez ya disfrutaba en 1632 de la protección de Lastanosa, gran amigo de D. Gaspar Galcerán Gurrea y Aragón, conde de Guimerá, del Cronista D. Juan Francisco Andrés de Ustarroz, de Baltasar Gracián y de Francisco Antonio Artigas, así como favorecedor de los pintores Jerónimo Jalón, del napolitano Micaelo Angelín y de los grabadores oscenses de la dinastía Agüesca.

Hay noticias de tres cartas con fechas 26 de mayo, 2 de julio y 19 de octubre de 1632, en las que el pintor zaragozano habla de unos libros de estampas. Al final de la primera dice: "Envío a Vm. tres papeles míos:

por ahora no tengo otros mejor impresos”, justificación que hace suponer a Jusepe Martínez dedicado estos años al grabado, al agua fuerte, y finalmente al dibujo en el que destaca.

Lastanosa “Ora se lleva a Martínez, ora a Orfelín a copiar lo que se descubría en algunos puntos del Arzobispado”. Por encargo del conde de Guimerá dibujará, también, el sarcófago romano que encierra los restos del rey D. Ramiro II el Monge, en la capilla de San Bartolomé del claustro de San Pedro el Viejo, junto a la iglesia. Esta continua relación con Vincencio Juan de Lastanosa y los miembros de este selecto grupo lastanosino, motiva que la confianza de todos le siga proporcionando intervenciones como la compra, por encargo de aquél, de cuadros, pinturas, mapas, estampas y obras de la biblioteca y librería del canónigo D. Gabriel Sora y le animen a un viaje a Madrid, en 1634, que realiza. En esta Ciudad visitaría a Eugenio Casés, al que había conocido en Roma y quien gozaba de gran reputación como pintor en la Corte así como a Pacheco y a Alonso Cano con los que convive durante algunos días, entrando en conocimiento de la vida e ideas artísticas de éstos.

Pronto llegaría el encargo que le diera satisfacciones y que motivó el considerársele públicamente, por vez primera, “el pintor más famoso de este Reino y aún fuera de él”. Tal reconocimiento del Ayuntamiento de Huesca - escrito en el Libro de Actas del año 1637 que guarda el Archivo Municipal de esta Ciudad - se debió a quedar entusiasmados los representantes del Municipio con la pintura de la bandera de Huesca, llamada del Angel Custodio, ejecutada por Jusepe Martínez al óleo. El Concejo oscense en atención a ello acordará recompensarle, en vistas de “lo primoroso del trabajo”, mas también porque Jusepe Martínez había dicho que, “el coste de su trabajo había resultado mayor que la cantidad estipulada”.

Es evidente que el pintor zaragozano va aumentando su prestigio merced a su trabajo, a su lealtad con los

amigos, a la honradez de sus opiniones, a su abierto carácter y a la buena preparación y experiencia que ya posee... "Jusepe Martínez me dixo el mismo día, - escribe a Lastanosa el Cronista D. Juan Francisco Andrés de Ustarroz en la postdata de una carta escrita desde Zaragoza, el año 1637 - que ya Vm no se acuerda de hacerle merced con sus cartas, y me dixo que le diera a Vm un largo recado. Vm le escriba" ... Esta frecuente comunicación de ideas y de afectos, hará más fuerte la amistad y los fundamentos de proyectos futuros.

De esta primera época de Jusepe Martínez, sin extraordinarias noticias de su obra pictórica, tal vez sea la "Santa Cecilia" que guarda el Museo Provincial de Zaragoza y los cuadros de "San Pedro Mártir" (tasado en 20 libras); el "Jacobo y Lía" (tasado en 40 libras), así como dos batallas (tasadas en 30 libras cada uno), que formaron parte de la Colección - dispersa durante el siglo XIX - de Doña Antonia Cecilia Fernández de Híjar y de D. Josef Fombuena, marqués de Lierta, cuya Casa se incorporaría a la del Marqués de Ayerbe.

"En Zaragoza ha celebrado Auto de la Fe la Santa Inquisición. Entre vario número de delinquentes, salió a él un Caballero muy conocido, llamado Pedro Arruebo, Señor de Lartosa; porque metió demonios en muchos Lugares con quien tenía odio; y endemonió más de mil y seiscientas personas. Diéronle doscientos azotes, y quedó condenado a galeras.

A este tiempo obró nuestra Señora del Pilar un milagro portentoso, restituyendo la pierna a cierto mancebo de Casa Pellicer, que había cinco años se la cortaron de enfermedad y no se halló señal de ella en la parte donde la enterraron. No se ofrece otra cosa"

Estas noticias, publicadas el 4 de junio de 1640, en los "Avisos históricos, que comprehenden las noticias y sucesos más particulares, ocurridos en nuestra Monarquía desde el año 1639: por Don Josef Pellicer

y Tobar, Cronista del Reyno de Aragón”, airean dos estados de ánimo de la Ciudad, disgustada por obras en el templo del Pilar y por la marcha de los acontecimientos políticos. Sin embargo, se acrecienta en todos los órdenes la actividad de la población ante el anuncio de la visita del rey Felipe IV.

El año 1642 será para Jusepe Martínez el comienzo de una etapa nueva e su vida. El tiempo siguiente a la estancia del Rey en Zaragoza será para el pintor zaragozano de quehacer intenso, en el que su técnica alcanzará perfección, enriquecerá el colorido en un equilibrio de tonalidades dispuestas con soltura de pincel y su poder creador se manifestará con plenitud al realizar una serie de importantes encargos, de admirable composición, buen dibujo y armonía en la temática. Será el encuentro con Velázquez, el origen de que su nombre llegue a la Corte y en ella se pondere su capacidad y personalidad artística así como el valor de sus pinturas, determinando esto la prestación de servicios que confirmarán la estima en que comienza a ser tenida tanto su persona como su obra por el Monarca.

Velázquez llegó a Zaragoza precediendo al Rey D. Felipe IV, dado el cargo oficial que tenía de Aposentador Mayor. El pintor del Rey conoció entonces, directamente, obra de Jusepe Martínez quedando tan gratamente impresionado del buen hacer artístico del pintor zaragozano que informó después al Monarca. Vió en la pintura de Jusepe, con palabras de D. Ricardo del Arco “ponderación, equilibrio de luces y de sombras, finura y vigor a un tiempo”.

Los ánimos estaban exaltados y en la Ciudad la pasión respondía a causas diversas, relacionadas en la mayoría de los casos con el levantamiento de Cataluña. De un lado, las exortaciones del Arzobispo de Zaragoza, D. Pedro Apaolaza y Ramírez a tomar las armas; de otro, opiniones públicas pidiendo al pueblo unión a Cataluña contra Castilla. De una parte el aplauso por la constitución de un cuerpo de infantería y caballería para la defensa de Zaragoza; de otra, la consternación al saberse noticias de ciertos descalabros sufridos por las tropas realistas.

El 27 de mayo de 1642 una alegre noticia, sin embargo, circula por Zaragoza que aplaude la decisión del Concejo de declarar a Ntra. Sra. del Pilar Patrona de la Ciudad y del Reino y el acuerdo de pedir a S. S. el rezo propio y que este día sea fiesta de precepto en Aragón.

En estos días la amistad entre Diego Velázquez y Jusepe Martínez se ha fortalecido hasta el punto de utilizar aquel el taller del artista zaragozano para acabar el retrato de una dama de la Ciudad, en formato de medio cuerpo, y que sería rechazado por la interesada, alegando que "en todo no le agradaba, pero en particular que la valona que ella llevaba cuando la retrató, era de puntas de Flandes muy finas".

Por intervención de Velázquez y de personas relacionadas con La Corte, el Monarca se interesó por las pinturas de Jusepe Martínez, informándole su Pintor de Cámara que "La habilidad de dicho Martínez era la mejor que había visto en aquellas tierras, además de sus honrados pareceres". Mandóle entonces el Rey - dice Vincencio Juan de Lastanosa en "Advertencias al Museo de los Medallas" ... "que fuera a la campaña para delinear el Castillo de Monçon, i el Sitio que Sobre él tenía Su Real Exercito, cuya orden obedeció puntual, i por la misma pintó el Castillo por diferentes vistas, juntamente con la circunvalación i ataques dela Plaça en quatro lienços, por cuya execución mereció que Su Magestad le hiciese su Pintor". En efecto, el 10 de Junio de 1643 recibió Jusepe Martínez el Privilegio de "Pintor del Rey ad honorem".

Felipe IV a la vuelta de Cataluña volvió a detenerse en Zaragoza, inaugurando el nuevo puente de tablas sobre el río Ebro. Lo había costado la Ciudad para reparar la pérdida del anterior, arrastrado por la corriente que ocasionó la gran avenida de sus aguas, el 18 de febrero de 1643, y el derrumbamiento de las dos arcadas centrales del puente de Piedra. Hasta 1644 la Ciudad

y el Arrabal estuvieron unidos por barcas, permanentemente recordatorio de aquella triste fecha y de la tragedia vivida por muchos pasajeros el día 14 de mayo de 1643 al sufrir el fuego de soldados walones, sublevados por no haber recibido sus pagas.

Jusepe Martínez ha perdido a su madre. En su hijo, Gerónimo Jusepe Batista Martínez Jenique, funda esperanzas de continuidad. Será pintor también, aunque su vida terminará en la Cartuja de Aula Dei, próxima a Zaragoza, donde ingresará y permanecerá como lego.

Un cuadro pintado por Fray José Martínez, actualmente en el Museo de Zaragoza, ilustra sobre los rasgos físicos de su padre, entonces, "algo recio de cuerpo, de rostro redondo, boca grande, pómulos abultados, ojos expresivos y rasgados, nariz aguileña, frente espaciosa, cabellos largos y lacios que caían sobre las orejas, perilla y bigote a la borgoñona; el conjunto respira apacibilidad seria".

La Corte volvió a Zaragoza el año 1645 con objeto de prestar juramento de fidelidad a los Fueros de Aragón el príncipe Baltasar Carlos quien encargaría a Juan Bautista Martínez del Mazo, su pintor, a más de Ujier de Cámara del Rey, un cuadro sobre Zaragoza. "Ajustóse el original desde la galería del Convento de San Lázaro de la Orden de Nuestra Señora dela Merced", colaborando en su realización Velázquez que se encontraba en Zaragoza acompañando al rey Felipe IV en funciones de Aposentador. Dada la amistad y relación artística existente entre Velázquez y Jusepe Martínez hay que pensar, no sin fundamento de orden social además, que los pintores de la Corte tuvieron noticias sobre el paisaje y los personajes deseados incluir en el cuadro por Jusepe Martínez, ya que en el lienzo aparecen en primer término figuras ciudadanas, como la de Ustarroz, gran amigo del pintor zaragozano.

En la Corte había luto por la muerte, el 6 de octubre del año anterior, de la reina Doña Isabel de Borbón. Tal causa determinó al Rey contemplar la ceremonia, celebrada el día 20 de agosto de 1645 en la Seo zaragozana, desde una celosía. Desde ella, el Monarca vió a su primogénito y sucesor sobre una tribuna suntuosa levantada ante el altar mayor, jurar en latín, según costumbre, fidelidad a los Fueros de Aragón. No se corrieron toros, en esta ocasión, pero sí hubo luminarias y fuegos de artificio para celebrar el acontecimiento y en honor de D. Baltasar Carlos de Austria, nombrado a continuación de la jura Príncipe de Gerona, Gobernador General del Reino, duque de Momblac, Señor de Balaguer. La Ciudad le regaló 2.000 doblas.

El 11 de Octubre próximo tuvo lugar en la Sala Real del palacio de la Diputación, situado entonces en la puerta del Angel, la ceremonia aplazada de recibir al Príncipe, a su vez, el juramento de fidelidad de los cuatro Brazos o Estamentos de la Corona de Aragón - Iglesia, Nobleza, Infanzones y Universidades - En Valencia tuvieron lugar análogas ceremonias, días después, regresando el príncipe Baltasar Carlos a Zaragoza para preparar su boda con Mariana de Austria, hija del emperador Fernando III, su prima, que contaba once años de edad.

No llegaría a celebrarse este matrimonio, porque el príncipe Baltasar Carlos murió días después del viernes 5 de octubre de 1646 en que asistiera en la Seo con el Rey su padre, - desde una tribuna - a las vísperas y nocturno del segundo cabo de año de la Reina. "Aquella misma tarde enfermó su Alteza; al otro día sábado, - dice el Acta del Cabildo - vino Su Magd a la misa del cabo de año dexando al Príncipe en la cama". El día 9, martes, a las 9 de la noche dejó de existir y a las 8 de la noche del día siguiente, miércoles 10, "el Patriarcha y D. Fernando de Borja ayo de su Alteza truxeron (a la Seo) las partes menores en una caxuela de carmesí con galón de oro, y las recibió el Deán y otros canónigos, enterráronse

en el presbiterio a la parte del evangelio, donde estaba Mareca, bajo una piedra de mármol” El cuerpo del Príncipe fue llevado en fechas siguientes a San Lorenzo el Real, donde sería entregado al Prior por el arzobispo de Zaragoza Fray Juan Cebrián.

En el libro de Gestis, correspondiente a este año, que se guarda en el Archivo Capitular de la Seo, están relatados los sucesos acaecidos y cómo se desarrollaron los acontecimientos, con pormenores de las horas anteriores y siguientes a la muerte del Príncipe así como de las procesiones y honores, tanto en la Seo como en la Plaza del Mercado en donde dispusieron los representantes de la Ciudad se colocara el capelardente, por ser lugar de costumbre para la celebración de exequias reales.

Jusepe Martínez participó en el teatral ornato de este túmulo funerario que resultó ser el diseñado por el arquitecto zaragozano Miguel Ranón. La superintendencia de la pintura para el adorno de éste y del de la Seo, erigido por Sebastián de Ruesta con la colaboración de otros arquitectos de la Ciudad, recayó en el pintor zaragozano Rafael Pertus. El libro escrito a requerimiento de la ciudad por el Cronista del reino D. Juan Francisco Andrés de Ustarroz, que salió en Zaragoza el año 1646 de la imprenta del Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia, con el largo título de “Obelisco Histórico, i Honorario que la Imperial Ciudad de Zaragoza erigió a la Inmortal Memoria del Serenísimos Señor Don Baltasar Carlos de Austria, Príncipe de las Españas”, contiene entre muchos datos curiosos y otras interesantes noticias la descripción del cuadro, desaparecido, que era lienzo mayor que los otros, y que según afirma el Cronista “pintó diestramente Jusepe Martínez, Pintor de su Magestad”. El tema representaba la tristeza de Zaragoza reflejando, por datos conocidos, las esencias del arte barroco entonces dominante en España. La composición era escenográfica y así dispuesta: “en un trono fingido de mármol, estaba sentada la Ciudad, con muchos blasones militares; ... declaraba bien

el dolor universal, (y) con la mano izquierda sustentava una Escudo roxo i en el, en caracteres de oro decía: SE NATUS P. Q. CAESAR AUGUSTANUS; decubriáanse los cinco Jurados, que significan el Senado, con lobas, i chias sobre la cabeça; a los pies de Caragoça avía unos Niños, que lamentavan la morte de su Alteza; ... en lo alto del Lieço estava el Escudo de Zaragoza león de oro en capo colorado, sustentándolo dos niños; ... Demas de los dos leones q ai en la parte principal, está un lienço de muralla, con quatro torres en el aire sobre el muro una Cruz de dos brazos, como la que se ve en la moneda jaquesa; en la basa donde estava Caragoça. en una piedra negra se leía esta inscripción, que aumentava en sentimiento y la representación de la pintura.

D. O. M. S.  
 BALTASAR CAROLUS  
 MAGNI PHILIPPI AUSTRIACI  
 ET ELISABETHEA CLARISSIMEA  
 VIRAGINIS F.  
 CUN PERENTEM IN. EXPEDITIONE  
 CATHALONIAE COMITARET  
 OBIT.  
 VII. IDUS OCTOBRIS, AN. M. DC. XLVI  
 AH! MEIS LARIBUS  
 OB.  
 CUIUS EXCIDIUM PERENNES  
 EFFUNDO FLETUS  
 QUONIAM  
 LACHRYMIS NULLUS EST. MODUS  
 IUVENTUTIS, ET. HISPANIARUM  
 PRINCIPE MORTUO.

El mes anterior a que estos sucesos ocurrieran y que Jusepe Martínez pintara el cuadro descrito, el Cabildo de la Seo había tratado sobre la conveniencia o no de blanquear la Capilla de Nuestra Señora la Blan-

ca del templo Metropolitano antes del invierno - muy duros entonces - para colocar el retablo nuevo y poner el viejo "donde pareciere respondiese". La reforma de esta Capilla, con destino a enterramientos de dignidades de la Iglesia zaragozana, se había comenzado el año 1635 por voluntad del arzobispo de Zaragoza Don Pedro Apaolaza, quien no la vería concluida. La obra estaba resuelta desde finales del año 1644, faltando sustituir el retablo existente por el encargado y costeadado por el Arzobispo en cuya hornacina central se colocaría la bella imagen de Nuestra Señora. Los diferentes criterios surgidos en el Cabildo sobre este asunto; los acontecimientos políticos y religiosos que apasionaron a la Ciudad y al Reino; el tiempo y la mesura en el obrar de los ejecutores testamentarios del Arzobispo, muerto repentinamente el día 21 de junio de 1643; la misma actividad del Cabildo hicieron que se llegase a 1647 sin tener la Seo concluida la capilla de Nuestra Señora la Blanca, a pesar de que en la segunda mitad de 1646 trabajan intensamente en el retablo los artistas zaragozanos escogidos para este fin. Los pintores Pedro Urzainqui, Jusepe Altarriba y Juan de Alcocen, el día 17 de julio de 1646, reciben 500 libras jaquesas "en parte de pago de la/ pintura y dorado" que hacen para "la capilla de la Virgen en la Santa Iglesia Metropolitana dela Seo" y, meses después, el 8 de octubre, recibirán Jusepe Altarriba y Juan Alcocen 400 libras jaquesas "en parte de pago del dorado y estofado" que han trabajado en el retablo de la Santa Iglesia Metropolitana. Los ejecutores testamentarios del arzobispo D. Pedro Apaolaza, - el obispo electo de Anillo Don Roque de Úzurrumzaga, secretario que fué de aquél, y el infanzón zaragozano Don Juan Mauleón, deciden, por entonces, que Jusepe Martínez complete la obra de aquellos, obligándose el artista zaragozano a "pintar siete historias/ de la Virgen y dos quadros el uno de S Pedro/ y el otro deSan Pablo para la capilla de / la madre de Dios collateral ala capilla/ Maior dela Seo deladha ciudad por cantidad/ de ciento y nobenta Libras Jaqs".

Recibe la primera apoca de 50 libras jaquesas de manos de Don Juan Mauleón, el 2 de diciembre de 1646. A partir de aquí, Jusepe Martínez, está dedicado totalmente a este encargo que le va a ocupar hasta casi mediado el año 1647, aunque en el mes de marzo, que cobra una segunda apoca de 150 libras jaquesas "en parte/ de pago de maior cantidad por razon de nuebe/ quadros que pinta para el retablo dela Ma/dre de Dios en la Capilla del entierro delos SS/Arzobispos de Caragoça en la SantaygleSSia/Metropolitana dela Seo dela dicha ciudad y/ esto con cnclusión de qualquiere otras apocas/publicas o pribadas en razón de ello hechas", parece ser que tiene muy avanzado el encargo y el Cabildo sabedor de esta nueva, pues, el viernes día 12 de abril, resolvió que los canónigos Urriés, Perat y Mancebo llamaran a "Jusepe Martínez pintor y que con su consejo determinen lo que estará mejor" ... encomienda que ejecutaron con prontitud, informando al Cabildo en la Junta del jueves 2 de mayo de este año 1647. Jusepe Martínez era persona muy estimada; como artista era considerado bueno dentro y fuera de la Ciudad, teniéndose en gran aprecio sus juicios. Por ello, al explicar el pintor zaragozano en la Junta Capitular del viernes día 24, del mismo mes, que estaría mucho mejor la capilla de Nuestra Señora la Blanca si se blanquease toda porque la pintura que "avía en el techo era de poca importancia", el Cabildo reunido resolvió "se blanquease toda la capilla como lo avía dicho Jusepe Martínez". La autoridad artística del pintor era evidentemente grande, indiscutida y respetada.

La Capilla fue, por tanto, blanqueada; el retablo nuevo sustituyó al viejo y los cuadros colocados para fervor y admiración de los visitantes del Templo catedralicio zaragozano en que se hallan. Es un conjunto dedicado a la vida de la Virgen que pone de manifiesto la madurez artística del pintor - buen dibujo y una disposición equilibrada de la composición en atmósfera con fuerza -. Son obras importantes, en las que claros-curos bien resueltos realzan las excelentes líneas y color

de los ropajes así como las figuras, entre las que destacan algunas del "Nacimiento de la Virgen" y las del cuadro situado en el cuerpo alto del retablo que representa la "Coronación de María Santísima". Son también notables las pinturas que representan "La Anunciación", "Los desposorios de la Virgen" y una "Concepción", ante la cual aparece en oración el arzobispo Apaolaza, todas ellas de buen empaste y elegante ejecución.

El arzobispo D. Pedro Apaolaza y Ramírez había sido retratado ya por Jusepe Martínez. El cuadro actualmente forma parte de la galería de retratos del Palacio Arzobispal de Zaragoza junto con el que pintara del sucesor Fray Juan Cebrián, fundador del convento de San Pedro Nolasco en lugar hoy ocupado por la iglesia del Sagrado Corazón de los Padres Jesuitas, edificada sobre el solar de la antigua iglesia que fuera parroquia con el título de San Lorenzo, entre el siglo XIX y los años 30 del presente. El retrato de Apaolaza es de composición muy a la moda; el personaje de pie algo envarado, los cortinajes, la tela que cubre la sobreentendida mesa en la que se apoya una mano del Arzobispo en actitud de magisterio, están bien resueltos así como el ropaje, contrastando con la escasa fuerza del rostro. La cabeza probablemente fue pintada lo último, por el contraste del colorido que se observa y su posición haciendo pensar la fijeza de la mirada y su falta de expresividad que, incluso, pudo realizarse después de muerto don Pedro Apaolaza. Este Arzobispo fue quien instruyó el proceso sobre el milagro que la Virgen del Pilar obró en la persona del joven Miguel Juan Pellicer la noche del 29 de marzo de 1640. Jusepe Martínez había trasladado al lienzo este singular suceso hacia 1642, tal vez en fechas próximas al 6 de agosto, día en que el rey Felipe IV acompañado por familiares y séquito pasó a visitar a María Santísima del Pilar dándosele allí "muchos libros del milagro de la pierna".

El cuadro estuvo en el templo del Pilar, situado en la parte superior del retablo de la capilla del Sacramen-

to, siendo estimado además de por su valor artístico por considerársele “el primer monumento conmemorativo” del milagro de Calanda.

En los retratos anteriormente citados y en el del gran polígrafo aragonés Fray Jerónimo de San José, sobresale ese equilibrio de formas, expresivo clima, correcto dibujo, agradables tonos y vigorosa pincelada que puede afirmarse caracteriza a la obra de Jusepe Martínez. El excelente cuadro de “San Pedro Nolasco”, en el Museo de Bellas Artes de Zaragoza, posiblemente encargo del arzobispo Fray Juan Cebrían, como lo fuera el Milagro de Calanda del arzobispo Don Pedro Apao-laza, pertenece igualmente a esta época de madurez artística y de quehacer intenso con una orientación creadora casi exclusivamente hacia lo religioso.

La conducta artística y social, sólida formación estética y religiosa así como su amplia humanidad de aragonés íntegro, determinan la manera de ser de Jusepe Martínez y de entregarse al trabajo y a los amigos, influyendo esta conducta y carácter notablemente en la vida y decisión de su hijo Gerónimo Jusepe Batista de ingresar en la Cartuja de Aula Dei, como lego, con nombre de religión Fray José. El pintor zaragozano es sobrio y realista, mas las pinceladas sueltas y suaves en sus obras hablan, a veces, del sentimiento íntimo en que goza el artista. Tal ocurre en los lienzos de la Capilla de Lastanosa o de los santos Orencio y Paciencia, padres de San Lorenzo, concluídos el año 1646, en la catedral de Huesca.

A Jusepe Martínez encomendó Vincencio Juan de Lastanosa el lienzo del retablo y los retratos de él y de su hermano Orencio Juan, canónigo de esta Seo, para la Capilla propia cuya parte mural y cúpula eran obra del oscense Jerónimo Salón. El primero de aquellos es de gran belleza, tanto por su concepción como por la destreza con que está pintado y resuelto; aparece cuidado el detalle y la pincelada obedece al magisterio e inspiración del artista que acentúa el acabado, como si hubiera pretendido dejar constancia de forma bella y expresiva su gratitud hacia el amigo y protector.

Los retratos laterales de los fundadores de la Capilla, el del capitán y el del canónigo, son flojos, dando la impresión de copias "de otros que hubiese pintado ya para el museo del Palacio". Esta aventurada suposición únicamente tiene apoyo en la estrecha colaboración, confianza y afecto entre la familia Lastanosa y el pintor zaragozano a quien actualmente se le atribuyen también cuadros de la misma iglesia Catedral, como el "retrato de Papa" de la sala capitular, entre otros, la tabla de la Virgen (capilla de la Epifanía) y los cuadros de la "Natividad" y la "Epifanía" (capilla de Nuestra Sra. del Populo, llamada de la Milagrosa), cuyas identidades han de confirmarse documentalmente.

En Huesca, ciudad visitada con frecuencia por Jusepe Martínez y en la que también era considerado como excelente pintor, dejará tiempo después, en la Real y Pontificia Basílica de San Lorenzo, una colección de bien logradas pinturas, testimonio de su gran actividad, de su capacidad creadora y de su oficio. Jusepe Martínez es el gran Maestro aragonés de temas sacros, de Santos y de la Virgen. En los retratos se observa sobriedad, buen dibujo, fluidez en la pincelada, y, en algunos, recuerdo al gusto italiano; tal como en los de Don Faustino Cortés y Sangüesa, primer vizconde de Torresecas y de su tío el obispo de Jaca y Teruel, Don Tomás Cortés, pintados para la Basílica oscense que los guarda y conserva.

La sacristía de este templo, al que dió el rey Fernando el Católico para su altar mayor un gran retablo, obra de su pintor de Cámara Pedro de Aponte, - actualmente incompleto por pasar tiempo atrás parte de sus tablas a la colección Iturbe, de Madrid - reúne en su recinto de indudable interés artístico los 14 magníficos lienzos pintados por Jusepe Martínez hacia el año 1650, costeados también por los hermanos Cortés, anteriormente nombrados, de la Casa de Torresecas, grandes benefactores de la Basílica de San Lorenzo. Representan escenas de la vida del Santo, entremezclándose la exposición realista de los temas con asuntos paganos, motivos de la leyenda del mártir y retratos de la familia de los

fundadores. Son éstos hermosos lienzos: “Escena de personajes de la familia Cortés ante unos huesos humanos”, “El papa Sixto, camino del martirio”, “San Lorenzo muestra al Tirano los tesoros de la Iglesia”, “Consagración de San Lorenzo como diácono por el papa Sixto”, “San Lorenzo, bautiza a San Hipólito”, “San Lorenzo lava los pies a los pobres”, “Conversión de un Santo” - tal vez San Roman - “Vocación de San Lorenzo”, “San Orencio” - padre del Santo - “Puertas del Calvario con Dolorosa”, “Evangelista”, “Santa Paciencia” - madre del Santo -, “Curación del ciego” y “Martirio de San Lorenzo en la parrilla”.

Jusepe Martínez, en estas pinturas, posteriores a las realizadas para la iglesia de Santa María de Uncastillo, revive la meditada composición de anteriores obras imponiendo mayor libertad al color y mayor intención al claroscuro.

En el encargo hecho por la Villa de Uncastillo, lugar que conoce y en donde tiempo atrás ayudó tal vez a su padre en obra pictórica de éste, puso indudablemente igual empeño y entusiasmo pues el acabado de algunas figuras y cabezas denotan estar el artista embebido en su labor, desarrollando una idea claramente. Hay equilibrio en la composición de los cuadros, armonía en el conjunto y respuesta del color en cada escena, sin ensayos cromáticos ni aventuras tonales, ni siquiera inquietud problemática. El pintor zaragozano, Maestro conocedor de la innovadora corriente artística, e incluso practicante de ella en algún momento, es gran conservador de los cánones estéticos impuestos por el Renacimiento con un Manierismo apenas acusado. Tal inclinación de su personalidad artística lo determinan su disposición para el dibujo en el que sobresale siempre sobre el color; su afán por trabajar las obras sin atrevidos efectismos de contrastes cromáticos o de claroscuros; su carácter moldeado por ideas concretas tradicionales acordes con las disposiciones del Concilio de Trento sobre materia artística sacra.

Los lienzos del retablo mayor de la iglesia de Santa María de Uncastillo, cuya mazonería hizo el carpin-

tero de la villa Juan Fernández, realizando el dorado Francisco Navarro, dorador de Borja, representan “los desposorios de la Virgen”, “Anunciación”, la “Visitación”, la “Adoración de los Magos” que están situados en laterales y el de la “Asunción de la Virgen” en la parte central del mismo. El año 1649 quedó terminado. Cobrarían cada uno de los interesados el total de 13.000 12.000 y 14.000 sueldos estipulados. El pintor zaragozano percibió el importe de la obra, según costumbre, por entregas. Albaranes y apocas lo confirman. Así en un albarán fechado el 2 de abril de 1647, Jusepe Martínez pintor de su Magestad, firma y dice con escritura pequeña, de ortografía no muy cuidada y regular caligrafía “aber recibido por manos del Señor tomás palacio” ... “la suma y cantidad de Cincuenta esqudos moneda jaquesa” ... “por mandado del Señor raymundo adosilla promiciero dela dha iglesia ariba nombrada” ... “por razón de un retablo q amitoca de pintar digo los lenços de dicho retablo”.

En otro albarán del 3 de noviembre del mismo año dice el artista zaragozano haber recibido del señor Marco Francés Pelayre, vecino de Zaragoza, 50 libras jaquesas “en parte de pago de la pintura q tengo obligación de acer para el retablo de la yglesia parrochial de Santa Maria”.

En el tercero conocido, fechado el 4 de noviembre de 1651, se lee que Jusepe Martínez recibe por manos del señor Juan Sierra, vecino de Zaragoza, 50 escudos “acuenta demayor cantidad de unas pensiones queson enparte depago de la pintura y retablo maior delaiglesia parroquial de Santa Maria dela villa deUncastillo”.

La cancelación no fue pronta; el pintor zaragozano, además, debía ser hombre comprensivo, aragonés de

recto proceder y generoso en su comportamiento, virtudes que se intuyen a través de los numerosos documentos que firmó a lo largo de su vida. Por ello, en el caso de las pinturas del retablo de la iglesia de Santa María de Uncastillo, aún seguía recibiendo entregas el año 1653 como lo pone de manifiesto una apoca y carta de pago que otorga, ante Notario, el día 6 de junio de 1653, al recibir de manos del infanzón D. Pedro Praviel de Alfaro, representando al Vicario, Primiciero y parroquianos de aquel Templo, “Setenta y Cinco Libras/ Jaqs en parte depago de la pin/tura del Retablo Maior dedha/ Iglesia les tengo hechay entregada”.

Entre este quehacer intenso, ha resuelto la Capitulación con “los / Prior Fraile y Conbento de Agustinos/ descalzos dedha ciudad (de Zaragoza) acerca la pintura/ que hauia dehacer y de pnte les tengo he/cha y entregada para la Igle-SSia del comben/to que han fabricado extra/ muros de la ciudad deCaragoça”. En efecto, recibiría la segunda cantidad, de las tres veces en que le pagarían el encargo, al entregar la obra acabada. Aquello sucede el 1 de septiembre de 1649 en que cobra 100 libras jaquesas, firmando apoca, ante Notario, “por la Segunda paga/ que se mehauia dehacer como dho es entrega/da la obra”.

Después, el 16 de septiembre de 1650, manifiesta haber recibido “del muy Reudo Pe fr. Christobal delos/ Angeles provincial en la provincia/ de Aragón calificador del Santo Oficio/ de la Inquisición de Aragón / y de los Prior frailes y conbento de Agustinos des/calzos dela presente Ciudad deCaragoça y por/ manos del Padre de/ Prouineza frai francis/co de San Geroni/ mo residente eneldho /Conbento de Agustinos / deScalzos deladha Ciudad deCaragoça Cien Libras Jaqs en fin/ depago del retablo/ maior y demás/ quadros que contiene / dicho

retablo que he/ hecho de pintura/ para el nuevo / Convento fa/bricado extramuros/ dela dha Ciudad deCara/goça”.

Jusepe Martínez está en la plenitud de su arte y trabaja mucho, siendo requerido su hacer honrado y excelente para honor de muchos lugares del Reino. Así, a mediados de este mismo año de 1650 está pintando un cuadro para la iglesia parroquial de La Almunia de Doña Godina, pues al recibir 125 libras jaquesas de manos del infanzón D. Lorenzo Guiral, que actúa en nombre de los Jurados de la Villa, “en parte de pago del Segundo tercio y paga” que habían de hacer, el mismo pintor manifiesta “que hago”, esto es que aún está trabajando en ella.

La ciudad de Zaragoza, que ha perdido en marzo de 1648 al pintor Rafael Pertus, paisajista de grandes méritos; que se ha divertido durante 1649, con la compañía de Comedias de Pedro de la Rosa y asistido con alborozo entre otros actos públicos a la bendición de la iglesia del convento de San Lázaro - el 15 de julio del mismo año - por Fray Antonio Garuz, General de la Orden de Mercedarios a la que pertenecía la comunidad, establecida en el Arrabal, muestra síntomas de intranquilidad. Hay en ella cierto descontento pues la economía no ha mejorado y los problemas sociales y sanitarios de la población, apenas habitada por 30.000 vecinos, van en aumento.

“También ayuda el principio de peste, pregonado en Zaragoza, aunque se cree no arraigara allí”, escribe Fray Jerónimo de San José al Cronista F. Andrés de Ustarroz. “Parece andar rondando la puerta de Caragoza, pues en Peñaflo ha tocado. No ai sino vivir bien, que si esto es azote del cielo, bien pienso tocará donde también lo merecemos” ... La enfer-

medad, sumamente contagiosa, se extendió con rapidez creando un clima de intranquilidad, de angustia y dolor, pues la mortalidad era grande. El verano del año 1652 fué para Zaragoza triste, desalentador, llenos sus días de presagios, de luchas por sobrevivir, de muerte, decreciendo en intensidad la epidemia “que padeció nuestra Ciudad con otras subalternas y algunos lugares de los Monegros”, hacia el mes de noviembre, aunque no se extinguió totalmente hasta el siguiente año de 1653.

Precisamente, durante aquellos días de angustia ciudadana, Jusepe Martínez ha estado pintando el cuadro que le fuera encargado “para la capilla de San Luis de Gonzaga en la iglesia de la Compañía de Jesús”. El día 4 de septiembre de 1652 recibe 60 libras jaquesas de manos del Dr. D. Diego Francés de Urrutigoyti, Arcipreste de Daroca, Dignidad de la Santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, en nombre de los ejecutores testamentarios del Dr. Marco Antonio de Albazán, Rector que fué de Lugo, confirmando la apoca otorgada en esa fecha ante Notario su dedicación a la pintura que entregaría más tarde.

Es muy probable que el “San Jerónimo” existente en la iglesia zaragozana de San Miguel de los Navarros, con excelente dibujo y colorido y lograda composición, corresponda a esta época en la que también ha de pintar para el Real Monasterio de Santa Engracia los lienzos de las cuatro estaciones que habrían de colocarse en los ángulos del claustro gótico de Fray Martín de Vara concluido por Tudelilla y desaparecidos, como consecuencia de la voladura del edificio religioso durante el asedio francés a Zaragoza en 1808 - 1809. No se puede dar por perdido aún el cuadro que estaba pintando para la capilla de San José de los carpinteros, situada en el convento de Santa Engracia, - el mes de octubre de 1653 - por encargo de la Cofradía y Hermandad del oficio de carpinteros de Zaragoza, aunque sí la

noticia de la devolución por Jusepe Martínez de 20 libras jaquesas el 14 de mayo de 1654 y de 50 libras jaquesas el 3 de julio, "en parte de pago de una comanda de 125 libras jaquesas en que esta obligado a dho nuestros principales y capitulo", hecho significativo de que la obra terminada o no debió ser del agrado de aquellos y rechazada o, también, regalo del artista zaragozano a la Cofradía de carpinteros con renuncia de las entregas recibidas. No hay que olvidar que Jusepe Martínez, pintor de su Magestad, estaba relacionado con los monjes del Real Monasterio de Santa Engracia - lugar de retiro del rey Felipe IV al morir el príncipe Baltasar Carlos - y, más estrechamente aún, a partir del mes de junio de 1653 en que nombra su Procurador al presbítero, Vicario de la parroquial de Santa Engracia, Licenciado Miguel Amigo. Al Real Monasterio regalará después de 1665 "un ara de Christo arrimado a la columna" de Damián Forment.

Al mismo tiempo, el artista cultiva la amistad y celebra la fama de Andrés Urzainqui, paisajista de notables obras; le agrada la definitiva residencia en la Ciudad del pintor florentino Francisco Lupicino; alaba las excelentes pinturas de Vicente Berdusán y al arte del Maestro Francisco Ximénez Mora, artistas ambos con fama de buenos en nuestra Ciudad y fuera de ella; lee y comenta el "Poema/ Trágico de/ Atalanta, y/ Hipómenes /Dedicado/ a la Magestad / de Felipo Quarto/ el Grande/ de D. Juan de Moncayo y de Gurrea, marqués de San Felices, impreso por Diego Dormer en 1656. Recordará siempre con emoción al Cronosta D. Juan Francisco Andrés de Ustarroz - muerto repentinamente el 18 de agosto de 1653 - al que acompañaría hasta su enterramiento en la iglesia de San Juan Bautista, vulgo del Puente, situada entre la puerta del Angel y el palacio de la Diputación a la entrada de la Ciudad.

Jusepe Martínez es un zaragozano estimado; un artista prestigioso. Son las razones de que sea solicitado

en todos los ambientes y de que se tengan por valiosas sus obras. Así, el vecino de la Villa de Beceite (Teruel), Jusepe Vida, concierta con el pintor de Su Magestad tres cuadros, por valor de 80 libras jaquesas, para este lugar. Al recibir la entrega de 18 libras y 5 sueldos jaqueses, el día 15 de diciembre de 1657, ya se encuentra pintándolos pues así lo manifiesta en la apoca que otorga con esta fecha. Apenas terminados vive la pérdida (mayo de 1658) de Juan Galván, pintor del Consistorio, al que estimaba aunque no tuviera en gran aprecio su obra, - sin duda importante - por "no ser gran dibujador". A este pintor aragonés, nacido en Luesia y formado artísticamente en Roma, le atribuye el Conde de la Viñaza el retrato del poeta Bartolomé Leonardo de Argensola.

Zaragoza es en esta época una Ciudad con moral y salud pública en no muy buen estado. Consecuencia de ello fué la campaña iniciada por Don Matías Esteban Tallyero, para poner fin a tanto desajuste ciudadano y limpiar la Ciudad del gran número de vagos y de mendigos que pedían limosna por las calles. No pudo verlo el Prior de los Jurados pues, sobre las 8 de la noche del 20 de febrero de 1659, era asesinado, cuando salía de casa de la cómica María de Prado - entonces con gran cartel en Zaragoza - , en unión del conde de Montoro y de D. Jerónimo Antón. El escándalo tuvo gran resonancia, interviniendo el Tribunal de los Veinte que detuvo a los autores quienes pagaron su acto criminal con la cabeza.

Tiempo después, Felipe IV, el Rey débil, el amador inteligente del buen gusto literario y de las artes, el gobernador al servicio de políticos gobernantes, catador excelente de la vida, casado con la que fuera novia de su difunto hijo, Doña Mariana de Austria, moría en 1665, al cabo de cuarenta y cuatro años de reinado, dejando tras de sí un legado histórico menguado y un patrimonio cultural enriquecido.

La muerte del Monarca coincide con la ostentosa teatralidad y apogeo de las Pompas fúnebres, precediendo e incluso influenciando a la Corte francesa las maneras españolas. Se rivaliza en levantar monumentos o erigir catafalcos de singulares proporciones y ornamentación. Cada Ciudad quiere sobresalir en estas conmemoraciones funerarias. Zaragoza también participa en este deseo y erige en la Plaza del Mercado un "capelardente" en memoria y honor del Monarca muerto. Jusepe Martínez pintó para este túmulo funerario un retrato de Felipe IV - actualmente sin noticias de él - así como un retrato colectivo de los Diputados del Reino de Aragón, vestidos de luto, marcando mucho los contornos para que las figuras resaltaran vistas de lejos, como así dice el mismo pintor. El padre Xarque S.J. lo confirma, al dar cuenta escrita de quienes intervinieron en el ornato del capelardente. "La pintura -dice se encomendó a Juan García, a Jusepe Alcoyan y a Francisco Proa, aunque la principal imagen del Rey Nuestro Señor a caballo que, llena de Magestad, se veneraba muy a lo vivo en el segundo cuerpo (del monumento), solamente se pudo fiar al magisterio en el arte y valiente pincel de Jusepe Martínez, que echó en esta obra el resto de su saber". El profesor D. Julián Gallego que recoge asimismo esta cita en un escrito sobre Felipe IV, publicado en diario de Zaragoza, considera la posibilidad de que el pintor zaragozano se inspirara en Velázquez, hecho posible dado el tema nada común en él.

Al año siguiente ( 26,4,1666) el Capítulo de la iglesia de San Miguel de los Navarros acuerda e inicia la renovación del templo, encomendando la dirección de las obras al arquitecto Juan de Marca. Al término de éstas el año 1669, pintó Jusepe Martínez un óvalo, existente en la bóveda de la capilla mayor, con los emblemas del arcángel.

También la iglesia parroquial de San Gil enriqueció su conjunto, con la magnífica sillería de 23 sillones de nogal trabajada por Jaime Ayet y Francisco Pérez de Artigas, en virtud de un Convenio entre el Capítulo eclesiástico y los Maestros ensambladores citados. (28,2,1668).

Por su parte, los Agustinos llevarán a cabo la construcción de la iglesia de la Mantería, - en lugar que fué asilo de arrepentidos -, para constituir la Orden y establecer convento consagrado a Santo Tomás de Villanueva. La fábrica de aquella se levantó entre las casas de la antigua morería sede del gremio de manteros. A Claudio Coello encargarían las pinturas que el Maestro madrileño, hijo de un broncista portugués y discípulo de Francisco Rizi, ejecutó al fresco, tanto el tema principal de la cúpula, "la gloria de la Santísima Trinidad con los ángeles y Santos", como las figuras de los santos Alipio, Simpliciano, Patricio y Fulgencio que decoran las pechinas.

Ciertamente en Zaragoza había una gran actividad artística, cultural y artesana. Mas no era menor la política pues la Ciudad había tomado partido por el infante D. Juan José de Austria, apoyándole contra la autoridad de su madrastra la reina gobernadora Doña Mariana de Austria y el gobierno de sus validos el padre Nithard y su sucesor Valenzuela. D. Juan José de Austria había sido nombrado Virrey de Aragón y a Zaragoza llegaba con síntomas de destierro, el 29 de mayo de 1669, tras detenerse brevemente en el convento de monjes bernardos de Santa Fe, a poco más de dos leguas de la Ciudad, y el recibimiento protocolario que le hicieran en la Aljafería los representantes del Reino y de la Capital aragonesa. Por la amistad que le unía con el marqués de Aytona desde la campaña de la isla de Elba, (1650 - 1652), el Infante se alojó en su Palacio, antiguo de la baronía de Ayerbe, situado muy próximo al Pilar.

En tanto D. Juan J. de Austria permaneció en Zaragoza, - donde corrió un día del mes de marzo siguiente la noticia de que se tramaba una conjura con intención de envenenarle y que el conde de Aranda protegía a los culpables -, el Infante, se interesó por los hombres, los monumentos y la vida de la Ciudad; jugó a la pelota, asistió a reuniones y actos sociales, conspiró. En numerosas ocasiones visitó la casa de Jusepe Martínez, a cuyo taller acudía también el Dean del Cabildo D. Ramón Azlor, barbastrense, emparentado con la Casa ducal de Villahermosa, viejo amigo del Infante y del pintor, así como otras personas de la Ciudad, para hablar de Arte y practicar el dibujo o la pintura, conocer las últimas noticias artísticas y las obras acabadas del Maestro.

Este, además de dibujante y colorista fue pintor con intensa preocupación por todo aquello relacionado con el Arte. En su testamento, fechado el 28 de agosto de 1670, así como en los codicilos encontrados en el Archivo histórico de Protocolos de Zaragoza, se advierte ese desvelo de artista consagrado por dar fuerza y continuidad a los valores espirituales en nuevas generaciones cuyas obras serán historia, tanto más brillante cuanto mayor altura alcance el prestigio individual o colectivo de ellas.

Jusepe Martínez es miembro de la Cofradía de San Lucas de pintores de Zaragoza. Por esto, "el pintor del rei ntro Señor" (Felipe IV) o "Pintor de su Magestad", como manifiesta al comienzo de los citados documentos notariales o firma en otros, en el reparto de sus bienes deja, entre disposiciones y mandas, una renta "caso que no haia parientas de la dha mi muger" (Anna Franca Jenique Alexandre)"para acomodar hijas/de Pintores no doradores precediendo las que fue/sen hijas y bautizadas en dha parrochia del Señor/S Miguel delos Nabarros alas que no lo fueren / y en falta dehijas de

Pintores no doradores/hijas y bautizadas en dha parrochia sea para/hijas de Pintores no doradores naturales dela/presente Ciudad dandoles a cada una en su caso/la renta de dos años de los dhos Seyscientos/sueldos Jaqs”.

Hay en todo este deseo del pintor un signo importante de generosidad y de valor gremial, aunque discriminatorio, calificativo de la humana personalidad de Jusepe Martínez que hace gala en una sociedad desequilibrada, con grandes problemas morales, políticos y económicos, de su espíritu ciudadano, esencia fuerte y limpia del hombre vinculado estrechamente a las glorias de Zaragoza y Aragón; mas causante también de la limitación de su nombre por causa de su fidelidad, respeto y pasión por el Reino cuya Historia y costumbres pregonaba con orgullo.

Con la misma fecha - 28 de agosto de 1670 - que hizo testamento, instituyó juntamente con su mujer una Capellanía, en la iglesia parroquial de San Miguel de los Navarros de Zaragoza, dotándola de una renta anual de 130 libras jaquesas. El documento notarial contiene extenso texto sobre disposiciones personales y de ambos cónyuges siendo la más importante, por darnos referencia de su futuro enterramiento, aquella sobre “la obligación/de çelebrar en el dho altar de San Gerónimo/ que es nuestro, (y) queesta en dcha Iglesia y/parroquia del Señor San Miguel delos/Navarros delante delqual este nues/tra Sepultura, tres misas reçadas cada/semana a las onze horas”. En esta capilla y altar de San Jerónimo depositó precisamente el “San Gerónimo leyendo las Sagradas Escrituras” y pintó para ella un “San Felipe de Neri arrodillado ante la Virgen”, copia de otro de Guido Reni. Ambos lienzos actualmente se encuentran en una saleta contigua a la sacristía de la iglesia de San Miguel, proporcionando un agradable encuentro con el arte y oficio del pintor análogo al que ofrecen los ejecutados para la iglesia de Santa María Magdalena de Za-

ragoza. Son estos "La sagrada Familia" y una reproducción con variantes del anterior "San Felipe de Neri", probablemente pintado este como el anterior en recuerdo del Santo Canonizado solemnemente el 12 de marzo de 1622 con los "cuatro Santos españoles" - Isidro, Ignacio de Loyola, Francisco Javier y Teresa de Jesús - y ante la noticia difundida por Zaragoza de que una reliquia de San Felipe Neri en posesión del Licenciado Agapito Andreu, presbítero racionero de la Santa Iglesia Metropolitana, sería depositada en la parroquia de San Miguel de los Navarros de la Ciudad.

Aún se hacían cábalas sobre la enfermedad que aquejaba al infante D. Juan José de Austria y sobre su marcha de Zaragoza (verano de 1670), para reponer su salud. Sin embargo volvería pronto, como lo prometió. Así "el año 1673, - escribiría Jusepe Martínez en sus Discursos ... (Tr. XXI) - me mandó su Serenísima (que Dios guarde), hiciera un modelo pintado al óleo de blanco y negro para reducirlo a cuadro de mayor grandeza, y tuvo gusto de que hiciera en su presencia, y por un deporte y gusto entraba muchas veces a verlo: acabado que fué este modelo, entró con tres títulos de esta Ciudad para oír su censura, e lo cual dijeron que tenían pocas noticias de esta profesión, pero que a ellos no les parecía bien pintura que no fuera hermosa de colores; e lo cual respondió con un adagio italiano, que dice así: Non fanno pittori i belli colori, se non disegno, studio e piu estudio; que en nuestro español quiere decir; que los bellos colores no hacen al pintor, sino el dibujo y más dibujo, estudio y más estudio. A lo cual S. A. S. añadió: "Mas estimo yo a un cuadro bien pintado con arte y dibujo, aunque sólo sea en blanco y negro, que otro de colores vivos sin dibujo y arte".

Don Juan José de Austria influyó, además, en el pintor zaragozano y le estimuló a que dejara escritas sus ideas para la formación de artistas, sus juicios sobre el Arte y narradas sus observaciones históricas o anecdóticas sobre artistas españoles y muy particularmente sobre aragoneses, pues le tenía por Maestro capacitado y bueno. Así, los jugosos conocimientos del artista escritos en una serie de papeles darían lugar a una obra con título "Discursos Practicables del Nobilismo Arte de la Pintura. Sus rudimentos medios y fines que enseña la experiencia, con los ejemplares de obras insignes de artífices ilustres". El contenido de la misma, interesante aportación para el magisterio del Arte, consta de tratados sobre la simetría; anatomía; perspectiva; arquitectura; unión; colorido; elección de las actitudes; historiar con propiedad; filosofía de la pintura; circunstancias de un buen maestro de pintura con relación a los discípulos; ejecución de los asuntos; de las artes necesarias para el pintor; de la ciencia y prudencia del pintor; notas de algunos célebres profesores que poseyeron las prendas expresadas; de la estimación e inmortalidad que se debe a los profesores insignes; continúa la memoria de profesores insignes que fueron; prosigue el mismo asunto dando instrucciones a los profesores y discípulos; continua la misma memoria de algunos profesores de varios reinos de España; de varios estatuarios y escultores y conclusión de este digno escrito en que se vindican los profesores españoles. El manuscrito original sin fecha debió ser depositado al morir el artista en la Cartuja de Aula Dei por su hijo Fray Jose, ya lego en este lugar sagrado. Aquí lo vió Latasa e hizo un compendio de él, imprimiéndolo por vez primera con defectos, en 1853 M. Peiro. El "Diario zaragozano" lo publicó entre el 5 de noviembre de 1853 y el 2 de enero de 1854, D. Mariano Nougés Secall. Más tarde, en Madrid el año 1855, la Academia de San Fernando lo editaba, bajo el cuidado de D. Valentín Carderera que dirigió igualmente la segunda edición de la Academia en 1866,

llegándose a publicar, incluso, una nueva edición en 1900, por "Selecciones bibliófilas" de Barcelona en razón al valor del contenido.

Cuatro meses después de que Don Juan José de Austria saliera de Zaragoza volvió acompañando a su hermanastro el rey D. Carlos II; para celebrar Cortes y jurar los Fueros del Reino. Entre las siete y ocho de la mañana entraban en la Ciudad, el mismo día (30-4-1677) que lo hiciera después el nuevo arzobispo Don Diego Castrillo, en carruaje, dándose la circunstancia que éste hubo de alojarse en el palacio del conde de Fuentes por ser el Palacio arzobispal residencia del Monarca y del Infante. El día anterior, (29-4-1677), las regias personas habían descansado en el monasterio cisterciense de Santa Fe, extramuros de la Ciudad. De nuevo Zaragoza participó con alegría en los varios festejos programados en honor de los reales huéspedes celebrando que el Rey nombrara Justicia de Aragón al jurista zaragozano D. Luis de Ejea y Talayero.

Será este el último encuentro del Infante con Jussepe Martínez. Don Juan José de Austria moría en Madrid el 17 de septiembre de 1679, a causa de unas tercianas.

Probablemente sea también el último acto público del pintor zaragozano, su presencia y triste acompañamiento al corazón de su discípulo y amigo hasta el lugar del enterramiento y su depósito permanente "debajo la grada del rejado interior de la Sta. Capilla, entrando por la puertecilla que está más próxima al Sto Pilar ... pues sólo dista del rejadillo de plata cosa de dos palmos".

Se celebró esta ceremonia en la fría noche del 27 de febrero de 1680, con asistencia de los numerosos invitados al entierro llegados a la casa del Dean, sobre las 10 de la noche. Pasada esta hora la procesión fúnebre inició la marcha. Abrían el cortejo infantes y escolares

con antorchas encendidas seguidos de numerosos capituladores, acompañamiento y de los servidores de Don Juan J. de Austria en torno a la arquilla que guardaba su corazón y que portaba el racionero Briz, delante del Dean Esplugas, revestido con hábito de coro. La comitiva atravesó la plaza de San Bruno, Arco del Arzobispo, plaza de la Diputación y por calle de Santa María la Mayor hasta el templo del Pilar en cuyo recinto se celebró el acto privado. Puso fin a éste el responso rezado por el Dean, una vez enlosado el suelo que cubrió, sin inscripción alguna, un resto del Infante que fuera Virrey de Aragón. Su voluntad de que “se colocase su corazón, quanto antes se pudiese en la capilla de nuestra Señora del Pilar”, había sido cumplida. El día 2 de marzo siguiente se celebraron honras por S. A. con sermón a cargo del Dr. Don Miguel Frías, Arcipreste de Santa María y confesor del Infante, testigo y custodio principal también de todo lo sucedido en la Corte y en Zaragoza.

D. Juan Jose de Austria tenía desde el 6 de marzo de 1665 la carta de Hermandad de la Cofradía de Nuestra Señora del Pilar cuya Columna sería grave y grande preocupación para los aragoneses al conocer el derribo del templo gótico y su nueva arquitectura. Había sido edificado después del incendio del año 1435, merced a la protección y ayuda económica, en gran parte, de la reina Doña Blanca de Navarra, familia de los Torrero y del arzobispo D. Dalmau de Mur, acabándose las obras en 1515, durante el pontificado de Don Alonso de Aragón, hijo del Rey Católico.

El 25 de julio de 1681, el arzobispo Don Diego Castrillo bendijo la primera piedra del que aún perdura, con asistencia del arquitecto-director de las obras D. Francisco de Herrera al que sustituiría más tarde Ventura Rodriguez. De aquel templo gótico ha quedado como noticia fiel de su existencia y trazado interior, el

Acta levantada por el notario apostólico Don Juan Blasco, el 1 de octubre de 1668, y las descripciones de los cronistas zaragozanos Blasco de Lanuza y Aramburu, discrepantes, algunas veces, con las de los padres Murillo, Arbiol y Herrera.

Tampoco vería el pintor zaragozano la Real Capilla de Santa Isabel que la Diputación del Reino resuelve edificar a sus expensas este año.

Al siguiente, “en seis de enero del año mil Seiscientos ochenta ydos en la/ calle de Santa Catalina murió con todos los Sacramentos/ Joseph Martínez Pintor de edad de 82 años poco mas/, o, menos. Se enterró en San Miguel en su capilla de San/Gerónimo hizo su testamento Juan Francisco Sánchez del/Castellar, executores Ana Francisca Alexandre su muger/ y el lido Pedro Amigo Vicario de Santa Engracia”. Así quedó registrada su muerte en el Libro parroquial de defunciones.

Durante mucho tiempo, Jusepe Martínez, pintor zaragozano del rey D. Felipe IV, - como tantos otros artistas -, ha permanecido en ese semiolvido en el que parece madurar la gloria de los grandes hombres; su huela artística apenas ha sido considerada, hasta ahora, en el ámbito nacional.

Sin embargo su obra es testimonio importante de la pintura aragonesa del siglo XVII y parte del patrimonio nacional. Por todo esto he querido recordarle, precisamente, en el Bimilenario de la Ciudad de Zaragoza.

En Zaragoza, y Julio de 1976

## AÑO DEL BIMILENARIO



Excmo. Ayuntamiento de Zaragoza